Eran otros tiempos
CHUFO LLORÉNS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CHUFO LLORENS (1931) es escritor y guionista. Su última novela es Catalina, la fugitiva de San Benito, un paseo, de la mano de la heroína del título, por la vida en el siglo de oro y por el mundo de los Austrias.

Eran otros tiempos... Los taxis, aun con gasógeno, invento que consistía en una especie de caldera exterior, y cuyo combustible lo constituía la cáscara de la almendra, alternaban sus funciones con un nutrido número de coches de caballos, y en la universidad se veían aparcadas siete motos y el feliz poseedor de una de aquellas maravillas era mucho más importante de lo que ahora puede serlo el engreído dueño de un Ferrari.

Pedro y Felipe eran amigos desde los seis años; mismo colegio, mismo equipo de hockey sobre ruedas, carrera de derecho y para más inri las novias eran amiguísimas. Vivían a tres manzanas de distancia y a medio camino se ubicaba un café, el Términus, que era su centro habitual de operaciones.

Era el año 1949 y faltaba una semana para la verbena de san Juan.

El teléfono sonó y la camarera, que llevaba muchos años en la casa, se dirigió a la salita donde estaba Felipe y con un escueto "te llaman", le indicó que el que llamaba era Pedro.

—¿Qué pasa?

—Tío, le he pedido el coche a mi padre para la verbena tal como quedamos, y me ha dicho que sí.
—Fenomenal, ¿nos vemos en el Términus?
—Vale, a las cuatro.

La noticia era excelente y la excusa para hablar resultaba baladí. El caso era verse a todas horas.

Al padre de Pedro, director de una fábrica de repuestos de SEAT, persona entrañable aunque con un genio temible, le habían concedido una licencia de importación para un Mercedes Benz gris metalizado de sueño, y ambos amigos pasaron la semana disfrutando y comentando el hecho. A las cinco de la tarde del día de autos sonó el teléfono y Felipe lo cogió personalmente.

—Diga.
—Soy yo —una pausa tensa, augur de malas vibraciones.
—Ya sé que eres tú. Dime.
—No hay coche para esta noche, ya puedes irte a la finca a bajar el Berliet.
—¿Qué me estás diciendo?
—Lo que oyes, mi padre ha llegado de la calle de un humor de perros, ha dicho que no hay coche, y se ha encerrado en el despacho, ya sabes como es.
—Pero, hemos estado fardando con las chavalas toda la semana y ahora...
—No insistas, cuando llega con el careto de hoy no se le puede hablar.

—Baja, te espero dentro de cinco minutos.

El café estaba lleno y Felipe se instaló en un taburete de la barra. Llegó Pedro y se colocó a su lado.

—No hay coche, o sea que vete a buscar el Berliet y tráetelo, peor que a mí no te va a saber... pero es lo que hay.

El Berliet del año 29 estaba para pocos trotes.

—Aparte de que no hay tiempo, tiene la magneto desmontada o sea que nada que hacer..
—Entonces estamos listos.
—No nos pongamos nerviosos. El Mercedes se guarda en el garaje de al lado de la fábrica ¿no?
—¿Y?
—Tú tienes tu llave, allí guardas la Montesa.
—¿Y?
—En el armarito de la pared, el chófer guarda las llaves de recambio.
—Sigo sin entenderte.
—¿Tus padres van a salir esta noche?
—No, qué va.
—¡Ya está!
—¿Qué es lo que está?
—Vamos al garaje, cogemos las llaves, ponemos cinco litros y sacamos el Mercedes. Vamos a la verbena con las chicas y a las cuatro de la mañana volvemos a dejar el coche en su sitio, tu padre no va a mirar los kilómetros y no sabrá si llevaba 1.256 o 1.262. ¿Qué te parece?
—Si mi padre se entera me mata.
—¡Qué se va a enterar!

Los dos amigos en silencio total, y sin encender la luz, pues el garaje estaba al lado de la puerta de la fábrica en la calle Cerdeña y el vigilante podía darse cuenta, sacaron el gran automóvil y alegres, se dirigieron a los domicilios de las novias para recogerlas.

Primero Pepa. La novia de Pedro vivía en una pequeña y poco iluminada calle, Felipe saltó del coche y dejó el sitio libre para que se instalara la chica, y luego se dirigieron animados y felices a recoger a Marta a la que aquella noche su madre, que era de armas tomar, dejaba salir a condición de que se encontrara en Piscinas y Deportes con su hermano y que a las dos y media estuviera de vuelta en su casa.

La alegría de aquella noche era juvenil y contagiosa, entonces, año 1949, salir de verbena en un Mercedes e ir a bailar al ritmo de dos orquestas de moda, como eran las de Rafael Medina y de Rina Celi, era un acontecimiento que daría pábulo para hablar una semana entera.

A la hora indicada, pues el hermano de Marta era un cenizo, hubo que dejar a las chicas en sus casas ya que las madres respectivas se conocían y era impensable dejar a una y no hacer lo mismo con la otra.

Los amigos se encontraron solos a las tres de la mañana, con un Mercedes impresionante sin haber visto a algún conocido al que poder impresionar.

—¿Por qué no vamos un rato a Emporium a ver si vemos a alguien?

La idea fue de Pedro.

Dicho y hecho, se dirigieron al cabaret de la calle Muntaner y dejando el magnífico automóvil en doble fila para que el aparcador, que los veía llegar muchas noches en la trotinada Montesa de Pedro, lo colocara, se adentraron en el local y se entretuvieron una hora viendo el espectáculo, que las alternadoras, daban aquella noche. Las chicas tenían que justificar su estancia en el cabaret, dado que la antedicha profesión estaba prohibida, subiendo al escenario y ejerciendo, con mejor o peor fortuna, de artistas. La verdad era que no estaban dotadas para el arte de Terpsícore y saltaban y cantaban con más voluntad que acierto haciendo buena la definición del gran Jardiel Poncela que en su diccionario decía: Ranita = Bichito que da saltos. Vedette = Lo mismo pero cobrando un sueldo.

Al cabo de una hora decidieron retirarse dando por finalizada la velada. Salieron, Dimas les entregó las llaves del automóvil indicándoles dónde lo había aparcado, lo vieron enseguida, pues coches como aquel llamaban poderosamente la atención. Se colocó Pedro al volante y Felipe dio la vuelta por la parte trasera. El vehículo estaba junto a un farol y lo que vieron sus ojos casi le proporciona un síncope. Hundido con una abolladura reciente, lucía destrozado el guardabarros posterior derecho del Mercedes.

La alarmada voz resonó en la madrugada.

—¡Pedro, baja!

El otro, ante el tono conminatorio de su amigo, se apeó y se dirigió rápidamente al lugar en donde se hallaba éste. Casi le da un jamacuco, al principio la consternación les impidió reaccionar, luego se dirigieron hasta donde se ubicaba el aparcador y le interrogaron, el hombre estaba desolado.

—¡Si es que, en noches como ésta van como bestias... ¡No sabe cómo lo siento, don Pedro!...

Pedro estaba absolutamente roto y Felipe intentando salvar los muebles.

—Pensemos con calma.
—¡¿Qué quieres que pensemos?! Decir a mi padre lo que ha pasado y que Dios reparta suerte
—¡Déjame pensar!
—Mejor que no se te ocurra otra genial idea, déjalo.
—¡Ya está!...

Pedro lo miró mosqueado, pero se agarró como lo hace el náufrago que encuentra un tablón en medio del océano.

—Probemos en el taller nocturno de Romagosa, veamos qué se puede hacer. De perdidos al río.

Pedro aceleró, y se dirigieron al taller. Nada más llegar les salió al paso el encargado al que explicaron con pelos y señales su desgracia.

—Esto funciona únicamente para reparaciones urgentes.

Rogaron, suplicaron, Felipe puso en juego sus artes de encantador de serpientes y al fin el hombre cedió.

—El planchista y el pintor van a ser cuñados, están con sus futuras en la verbena del Layetano, si queréis buscarlos allí...

¡Albricias! El Layetano era el club donde el equipo de hockey entrenaba y allí se dirigieron. El barullo era imponente, las parejas bailaban el bugui-bugui, moviendo los brazos como quien saca agua de un pozo, y la orquesta hacía lo imposible para que la fiesta no decayera. El portero los reconoció al instante y les dejó pasar sintiéndose solidario con los muchachos. Al minuto estaba Felipe, micrófono en mano, pidiendo a los señores zutano y mengano, los nombres se los había proporcionado el encargado, que tuvieran la amabilidad de dirigirse al bar para un asunto urgente.

Al cabo de un instante dos apurados muchachos se reunían con ellos que al punto explicaron su apuro, suplicando la ayuda que sería bien remunerada. Al principio pusieron excusas, pero el verbo cálido de Felipe y la maravillosa solidaridad que se establece entre los jóvenes hizo el milagro. Lo primero fue ver el estropicio para lo cual fueron a examinar el vehículo que destacaba entre la multitud de seiscientos y cuatro caballos como un cisne en medio de patos.

En tanto la mirada experta de ambos cuñados calibraba el desaguisado, los dos amigos contenían la respiración.

—Hay trabajo pero se puede hacer.
—¿Quedará bien? —preguntaron al unísono.
—Sí, porque el coche es nuevo. Cuando la pintura envejezca, algo se notará —argumentó el pintor.
Los cuatro se metieron en el coche y se dirigieron al taller.

Los especialistas tras prepararse se metieron en faena. A las seis en punto de la mañana salía el coche del taller, impecable. Y allí dejaron todos sus ahorros, metálico, un talón bancario, y un reloj Omega Sea Master, o sea quedaron limpios.

Dejaron silenciosos el coche en el garaje y a las ocho en punto, luego de darse un abrazo como quienes sobreviven a una inundación, estaban en la cama.

Antes de cerrar los ojos Felipe recordaba orgulloso la última frase de su amigo. "Eres un genio, tío, nunca olvidaré lo que has hecho por mí esta noche".

El teléfono sonó a las diez. La voz de la camarera informó a Felipe con el sonsonete acostumbrado.

Se levantó como un zombi y se dirigió al pasillo.

—¿Estás loco?, ¿qué pasa ahora?

La voz del otro sonó como tapada por un trapo.

—¡Ven enseguida!
—¿Qué es lo que pasa?
—¡Que vengas!

El tono era alarmante. Pedro lo esperaba en la puerta y nada más entrar, y colocándose verticalmente el anular ante los labios, le indicó que guardara silencio. Ambos se llegaron hasta la cristalera biselada que separaba el comedor del salón. Las voces sonaban alteradas. En el sillón del fondo su padre en batín despeinado e iracundo clamaba contra el chófer, intervenía a la vez el agente de seguros de la Zurich, a un lado el cuñado, afamado psiquiatra, daba la mano a su hermana que intentaba calmar a su marido, y el diálogo era más o menos así.

—¡Y yo le digo que ayer al salir del notario me encontré que un desaprensivo me había dado un fuertísimo golpe en el guardabarros trasero y se había dado a la fuga, y, claro está, avisé a la compañía. Ahora me quieren decir que no existe el golpe, es decir que no estoy en mis cabales!

—Don Pedro, insisto, no hay ningún golpe. Intervenía el agente.
—Tal vez sí que hay un golpe pero perfectamente arreglado, puede ser que fuera anterior y...
—Ya, y por eso le avisé ayer. ¡No diga sandeces!

Ahora era la madre la que metía baza.

—¡Por Dios bendito, Pedro! Trabajas demasiado, un día te dará algo.
—Perdone que insista, señor, pero ahora no hay ninguna abolladura.
—¡Y yo le digo que sí!

Intervenía el cuñado psiquiatra dirigiéndose al grupo.

—No es tan sencillo, si él en su mente ve una abolladura es que para él la hay, eso no quiere decir nada, Freud dice...
—¡Lo que faltaba! olvídame y no pretendas hacerme creer que estoy chiflado porque antes que ser paciente tuyo me pego un tiro.

Resumiendo. Al padre de Pedro le habían dado un golpe el día anterior y ése fue el motivo de que llegara a casa con un cabreo del siete y medio y no les dejara el Mercedes. Los dos amigos con la premura y la oscuridad no se dieron cuenta de nada hasta salir de Emporium y entonces arreglaron el castañazo ¡Que No Habían Hecho Ellos!, casi arruinándose. Del tema no se volvió a hablar jamás y cada uno se quedó pensando que alguien estaba loco.

El padre de Pedro, a partir de aquel día, se tomó el trabajo con más sosiego y fue al cine cada miércoles con su mujer.

Cuando se fue de este mundo, lo hizo ignorando cómo diantre había desaparecido una abolladura de su flamante Mercedes por arte de birlibirloque. Y los dos amigos vivieron con la lección aprendida que da la prudencia y que las precipitaciones y premuras, son malas consejeras.

Relato publicado en El Periódico de Catalunya